

# Editorial

## 17

¿Qué hacer con la estatua de Franco? ¿Borrarla, hacerla desaparecer, lavar todavía más la ciudad de las huellas de su pasado, como ya lo hiciera el propio Franco con sus bombas y luego, más tarde, con sus plomizos edificios de estilo fascista?

Hay otra posibilidad, más sencilla, más sensata y más respetuosa con la historia. ¿Por qué no levantar, frente a ella, una nueva estatua, la de Largo Caballero, por ejemplo? Y se podría incluso, para romper los acentos extremos, situar entre ambas, pero con la mirada cansadamente desviada, en posición perpendicular a ese eje letal, la de Azaña.

¿Acaso no resultaría entonces más rica y variada en matices la ciudad, más deseable para ser paseada, pero también y sobre todo, mejor memoriada? Pues, al menos, menos desmemoriada.

Y a la vez, en esa misma medida, más consciente de los riesgos que la acechan en unos tiempos en los que la memoria, mutilada en su mitad, y, por eso, ya no memoria, sino ira y venganza, retorna.